

EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional

Los requisitos previos objetivos de la revolución socialista

La situación política mundial en su conjunto se caracteriza principalmente por la crisis histórica de la dirección del proletariado.

El requisito económico previo para la revolución proletaria ha alcanzado ya, en términos generales, el más alto grado de madurez que pueda lograrse bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad se estancan. Los nuevos inventos y mejoras técnicas ya no consiguen elevar el nivel de la riqueza material. Las crisis coyunturales, en las condiciones de la crisis social del sistema capitalista en su conjunto, infligen a las masas privaciones y sufrimientos cada vez mayores. El desempleo creciente, a su vez profundiza las crisis financieras del Estado y socava los inestables sistemas monetarios. Los regímenes democráticos, igual que los fascistas, van dando tumbos de bancarrota en bancarrota.

La burguesía misma no ve ninguna salida. En los países donde se ha visto ya obligada a apostar su última carta por el fascismo, se deja caer con los ojos cerrados hacia una catástrofe económica y militar. En los países históricamente privilegiados, es decir, en aquellos en que la burguesía puede permitirse todavía, por cierto tiempo, el lujo de la democracia a expensas de la acumulación nacional (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, etc.), todos los partidos tradicionales del capital se encuentran en un estado de perplejidad cercano a una parálisis de la voluntad. El “*New Deal*”¹ a pesar del dinamismo pretencioso de su primer periodo, no representa más que una forma especial de la perplejidad política, sólo posible en un país en que la burguesía ha conseguido acumular una riqueza incalculable. La crisis actual, que está lejos todavía de haber recorrido todo su camino, ha logrado ya poner en evidencia que la política del *New Deal*, así como la política de Frente Popular en Francia, no abre ninguna vía de escape al callejón sin salida de la economía.

Las relaciones internacionales no presentan mejor aspecto. Bajo la tensión creciente de la desintegración capitalista, los antagonismos imperialistas entran en una vía muerta a cuyo final los choques separados y las convulsiones sangrientas localizadas (Etiopía, España, Lejano Oriente, Europa Central) se fundirán en una conflagración a escala mundial. La burguesía, naturalmente, tiene conciencia del peligro mortal que una nueva guerra representa para su dominio. Pero hoy esta clase es infinitamente menos capaz de conjurar la guerra que en vísperas de 1914.

Los parloteos en el sentido de que las condiciones históricas no han “madurado” todavía para el socialismo son producto de la ignorancia o del engaño consciente. Los requisitos previos objetivos para la revolución proletaria no sólo han “madurado”; empiezan a pudrirse un poco. Sin una revolución socialista, y además en el periodo histórico inmediato, toda la civilización humana está amenazada por una catástrofe. Todo depende ahora del proletariado, es decir, principalmente de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria.

El proletariado y sus direcciones

¹ “Nueva administración”. Ambicioso proyecto de planificación capitalista promovido por el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, en un intento de reactivación, parcialmente logrado, frente a la crisis desencadenada en 1929. El “*New Deal*” combinaba planes de trabajos públicos, modificaciones en el sistema impositivo, creación de empresas estatales, intervención pública en las empresas privadas, una legislación obrera más progresiva, etc.

La economía, el Estado, la política de la burguesía y sus relaciones internacionales están completamente esterilizadas por una crisis social, hecho característico de un estado prerrevolucionario de la sociedad. El obstáculo principal en el camino de la transformación del estado prerrevolucionario en estado revolucionario es el carácter oportunista de la dirección proletaria: su cobardía pequeñoburguesa ante la gran burguesía y su traidora asociación con ella aún en su agonía.

En todos los países el proletariado está agitado por una profunda inquietud. Las masas, por millones, están entrando en la vía de la revolución. Pero una y otra vez se ven bloqueadas por sus propios aparatos burocráticos y conservadores.

El proletariado español ha realizado, desde abril de 1931², una serie de tentativas heroicas para tomar el poder en sus manos y guiar los destinos de la sociedad. Sin embargo, sus propios partidos (socialdemócratas, estalinistas, anarquistas, poumistas), cada cual a su manera, han operado como freno, preparando así la victoria de Franco.

En Francia, la gran oleada de huelgas de brazos caídos³, en particular durante junio de 1936, reveló la abierta disposición del proletariado a derribar el sistema capitalista. Sin embargo, las organizaciones dirigentes (socialistas, estalinistas, sindicalistas), bajo el rótulo del Frente Popular, han conseguido canalizar y embalsar, al menos por el momento, la corriente revolucionaria.

La oleada sin precedentes de huelgas de brazos caídos y el crecimiento, asombrosamente rápido, del sindicalismo industrial en los Estados Unidos (con la CIO⁴) son la más indiscutible expresión de los esfuerzos instintivos de los obreros americanos para elevarse al nivel de las tareas que la historia les impone. Pero también aquí las organizaciones políticas dirigentes, incluyendo a la CIO recientemente creada, hacen todo lo posible para retener y paralizar la presión revolucionaria de las masas.

El paso definitivo del Comintern al lado del orden burgués, su papel cínicamente contrarrevolucionario en el mundo entero, en especial en España, Francia, Estados Unidos y otros países “democráticos”, ha creado excepcionales dificultades suplementarias al proletariado mundial. Bajo la bandera de la Revolución de Octubre, la política conciliadora practicada por el “Frente Popular” condena a la impotencia a la clase obrera y despeja el camino del fascismo.

“Frentes Populares” por un lado, fascismo por otro; esos son los últimos recursos del imperialismo en la lucha contra la revolución proletaria. Desde el punto de vista histórico, sin embargo, esos dos recursos sólo son parches. La descomposición del capitalismo continúa, igual en Francia bajo el signo del gorro frigio que en Alemania bajo el signo de la esvástica. Nada más que el derrocamiento de la burguesía puede abrir una vía de salida.

²El 14 de Abril de 1931 se proclamó la II República en España, marchando al exilio el rey borbón Alfonso XII. Se abrió un periodo de intensa confrontación social que culminó en el golpe militar y la revolución obrera de Julio de 1936

³ La oleada internacional de huelgas de brazos caídos se produjo principalmente entre 1934 y 1937 alcanzando su punto culminante en Francia, donde llegaron a estar simultáneamente en huelga de brazos caídos un millón de obreros.

⁴C.I.O.: *Conférence of Industrial Organizations*. Organización sindical constituida en confrontación con el sindicato proburgués AFL. Finalmente ambas organizaciones se unificaron

La orientación de las masas está determinada ante todo por las condiciones objetivas del capitalismo en descomposición, y en segundo lugar por la política traidora de las viejas organizaciones obreras. Entre estos factores, el decisivo es, evidentemente, el primero: las leyes de la historia son más fuertes que el aparato burocrático. Por distintos que sean los métodos de los socialdemócratas -desde la legislación “social” de Blum⁵ hasta los tinglados judiciales de Stalin-, no conseguirán nunca truncar la voluntad revolucionaria del proletariado. Sus esfuerzos desesperados para detener la rueda de la historia demostrarán a las masas, cada vez más claramente, que la crisis de la dirección proletaria, habiéndose convertido en la crisis de la civilización humana, sólo puede ser resuelta por la Cuarta Internacional.

El programa mínimo y el programa de transición

La tarea estratégica del periodo próximo -periodo prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones revolucionarias objetivas y la inmadurez del proletariado y su vanguardia (desconcierto y desánimo de la vieja generación, inexperiencia de la joven). Es necesario ayudar a las masas, en el proceso de la lucha cotidiana, a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa socialista de la revolución. Este puente debe contener un sistema de reivindicaciones transitorias, que partan de las condiciones actuales y de la actual conciencia de amplias capas de la clase obrera y conduzcan invariablemente a un solo resultado final: la conquista del poder por el proletariado.

La socialdemocracia clásica, que operaba en una época de capitalismo progresivo, dividió su programa en dos partes independientes una de otra, el *programa mínimo*, que se limitaba a reformas en el marco de la sociedad burguesa, y el *programa máximo*, que prometía la sustitución del capitalismo por el socialismo en un futuro indeterminado. Entre el programa mínimo y el máximo no había ningún puente. Y, realmente, la socialdemocracia no necesita tal puente, ya que la palabra “socialismo” le sirve sólo para las arengas domingueras. El Comintern se ha puesto a seguir el camino de la socialdemocracia en una época de descomposición del capitalismo, cuando, en términos generales, no puede ni hablarse de reformas sociales sistemáticas ni de elevación de los niveles de vida de las masas; cuando la burguesía retoma cada vez con la mano derecha el doble de lo que ha dado con la izquierda (impuestos, derechos aduaneros, inflación, “deflación”, carestía de la vida, paro, reglamentación policíaca de las huelgas, etc.); cuando cada una de las reivindicaciones importantes del proletariado, e incluso cada una de las reivindicaciones importantes de la pequeña burguesía, rebasa inevitablemente los límites de las relaciones de propiedad capitalistas y del Estado burgués.

La tarea estratégica de la Cuarta Internacional no consiste en la reforma del capitalismo, sino en su derrocamiento. Su objetivo político es la conquista del poder por el proletariado con el propósito de expropiar a la burguesía. Sin embargo, la realización de esta tarea estratégica es impensable sin el más atento examen de todas las cuestiones tácticas, incluso de las pequeñas y parciales. Todos los sectores del proletariado, todas sus capas, profesiones y grupos deben ser arrastrados al movimiento revolucionario. La época actual no se caracteriza por liberar al partido revolucionario del trabajo cotidiano, sino porque permite llevar adelante este trabajo indisociablemente de las tareas actuales de la revolución.

La Cuarta Internacional no deja de lado el programa de las viejas reivindicaciones “mínimas”, en la medida en que hayan conservado al menos parte de su fuerza vital. Defiende infatigablemente los derechos democráticos y las conquistas sociales de los obreros. Pero lleva a cabo este trabajo cotidiano en el marco de la perspectiva actual correcta, es decir, de la

⁵León Blum, dirigente del partido socialista francés (SFIO), fue el primer ministro del gobierno de Frente Popular en los años 30

perspectiva revolucionaria. En la misma medida en que las viejas y parciales reivindicaciones “mínimas” entran en conflicto con las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente -y esto se produce a cada paso- la Cuarta Internacional propone un sistema de *reivindicaciones transitorias*, cuya esencia se encierra en el hecho de que se orientarán cada vez más abierta y decisivamente contra las bases mismas del régimen burgués. El viejo “programa mínimo” queda reemplazado por el *programa de transición*, cuya tarea consiste en la movilización sistemática de las masas para la revolución proletaria.

Escala móvil de salarios y escala móvil de horas de trabajo

Bajo las condiciones del capitalismo en descomposición, las masas continúan viviendo la mísera vida de los oprimidos, estando ahora más amenazadas que nunca por el peligro de verse arrojadas al abismo de la suma pobreza. Tienen que defender su bocado de pan, a falta de aumentarlo o mejorarlo. No hay ahora necesidad, ni es el momento, de enumerar las reivindicaciones separadas, parciales, que cada vez se levantan sobre la base de las circunstancias concretas -nacionales, locales, sindicales. Pero dos calamidades económicas, en las que se resume la irracionalidad creciente del sistema capitalista, el desempleo y la carestía de la vida, exigen consignas y métodos de lucha generalizados.

La Cuarta Internacional declara la guerra sin cuartel a la política de los capitalistas que, con un considerable grado de semejanza con la de sus agentes, los reformistas, intenta hacer caer sobre las espaldas de los trabajadores todo el peso del militarismo, las crisis, la desorganización del sistema monetario y todos los demás azotes surgidos de la agonía del capitalismo. La Cuarta Internacional exige empleo y condiciones decentes de vida para todos.

Ni la inflación monetaria ni la estabilización pueden servir de consigna al proletariado, porque no son sino dos extremos de un mismo hilo. Contra la elevación galopante de los precios, que con la aproximación de la guerra será cada vez más desenfrenada, sólo puede lucharse con la consigna de *escala móvil de salarios*. Esto significa que unos convenios colectivos aseguren un aumento automático de los salarios en proporción a la elevación de los precios de los bienes de consumo.

El proletariado, bajo la amenaza de su propia desintegración, no puede permitir la transformación de un sector creciente de obreros en desempleados crónicos, en indigentes viviendo de los desechos de una sociedad que se desmorona. El derecho al empleo es el único derecho serio dejado a los obreros en una sociedad basada en la explotación. Hoy este derecho les está siendo recortado a cada paso. Es el momento de levantar contra el desempleo, tanto “estructural” como “coyuntural”, junto con la consigna de trabajos públicos, la de *escala móvil de horas de trabajo*. Los sindicatos y otras organizaciones de masas deben vincular a los que trabajan y a los desempleados con lazos solidarios de responsabilidad recíproca. Sobre esta base, todo el trabajo disponible se dividiría entre todos los obreros de acuerdo con la forma en que se determine la duración de la semana laboral. El salario medio del obrero sigue siendo el mismo que con la vieja semana laboral. Los salarios, con un *mínimo* estrictamente garantizado, seguirían el movimiento de los precios. No se puede aceptar ningún otro programa para el catastrófico período actual.

Los propietarios y sus abogados demostrarán el “carácter irrealizable” de estas reivindicaciones. Los capitalistas más pequeños, los especialmente arruinados, invocarán además sus libros de contabilidad. Los obreros denuncian categóricamente semejantes conclusiones e invocaciones. La cuestión no está en una colisión “normal” entre intereses materiales opuestos. La cuestión está en preservar al proletariado del deterioro, la desmoralización y la ruina. Se trata de una cuestión de vida o muerte para la única clase creadora y progresiva, y, por ello, garantizadora del futuro de la humanidad. Si el capitalismo es incapaz de satisfacer las reivindicaciones que surgen inevitablemente de las calamidades generadas por él mismo,

dejémosle perecer. Lo “realizable” y lo “irrealizable” es en este caso una cuestión de relación de fuerzas que sólo la lucha puede resolver. Por medio de esta lucha, y al margen de cuáles sean los logros prácticos inmediatos, los obreros comprenderán mejor la necesidad de liquidar la esclavitud capitalista.

Los sindicatos en la época de transición

En la lucha por reivindicaciones parciales y transitorias, los obreros, hoy más que nunca, necesitan organizaciones de masa, en especial sindicatos. El poderoso ascenso del sindicalismo en Francia y Estados Unidos es la mejor refutación de los sermones de aquellos visionarios ultraizquierdistas que han ido predicando que los sindicatos han “sobrevivido a su utilidad”.

Los bolcheviques-leninistas están en las líneas avanzadas en los combates de toda especie, aun cuando estén en juego tan sólo los más modestos de los intereses materiales o de los derechos democráticos de la clase obrera. Juegan un papel activo en los sindicatos de masa, para fortalecerlos y elevar su combatividad. Luchan inflexiblemente contra toda tentativa de subordinar los sindicatos al Estado burgués y de atar al proletariado con el “arbitraje obligatorio” o cualquier otra modalidad de custodia policíaca -no sólo fascista, sino también “democrática”. Sólo a partir de este trabajo dentro de los sindicatos es posible luchar con éxito contra los reformistas, incluyendo los de la burocracia stalinista. Los intentos sectarios de construir o conservar pequeños sindicatos “revolucionarios”, como segunda edición del partido, significan actualmente renunciar a la lucha por la dirección de la clase obrera. Es necesario establecer firmemente esta norma: el autoaislamiento de carácter capitulacionista respecto a los sindicatos de masa, que equivale a traicionar a la revolución, es incompatible con la pertenencia a la Cuarta Internacional.

Al mismo tiempo, la Cuarta Internacional rechaza y condena resueltamente el fetichismo sindical, igualmente característico de los tradeunionistas y de los sindicalistas..

a) Los sindicatos no ofrecen, ni pueden ofrecer, dadas sus tareas, composición y formas de reclutamiento, un programa revolucionario acabado; por tanto, no pueden sustituir al partido. La construcción de partidos revolucionarios nacionales como secciones de la Cuarta Internacional es la tarea central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aun los más poderosos, no abarcan a más del 20 al 25 por ciento de la clase obrera, y, por lo demás, predominantemente a las capas más cualificadas y mejor pagadas. La mayoría más oprimida de la clase obrera se ve arrastrada a la lucha sólo episódicamente, en periodos de auge excepcional del movimiento obrero. En tales momentos es necesario crear organizaciones *ad hoc* que abarquen a las masas en lucha en su conjunto: comités de huelga, comités de fábrica, y, finalmente, soviets.

c) Como organizaciones representativas de las capas superiores del proletariado, los sindicatos, tal como testimonia toda la pasada experiencia histórica; incluyendo la reciente experiencia de los sindicatos anarcosindicalistas en España, han desarrollado poderosas tendencias hacia compromisos con el régimen democrático-burgués. En los períodos de intensa lucha de clases, los órganos dirigentes de los sindicatos tratan de adueñarse del movimiento de masas con objeto de hacerlo inofensivo. Esto se produce ya en período de simples huelgas, en especial en el caso de huelgas masivas con ocupación de fábricas que hacen tambalear el principio de la propiedad burguesa. En épocas de guerra o revolución en que la burguesía se ve inmersa en dificultades excepcionales, los dirigentes sindicales se convierten normalmente en ministros burgueses.

En consecuencia, las secciones de la Cuarta Internacional deben esforzarse constantemente no sólo en renovar la dirección superior de los sindicatos, proponiendo valiente y resueltamente, en los momentos críticos, a dirigentes combativos en lugar de los funcionarios rutinarios y de los arribistas, sino también en crear, en todos los casos posibles, organizaciones

de combate independientes que se adapten más estrechamente a las tareas de la lucha de masas contra la sociedad burguesa, no titubeando, si es preciso, ni siquiera ante la ruptura abierta con los aparatos conservadores de los sindicatos. Si es criminal volver la espalda a las organizaciones de masa para alimentar tinglados sectarios, no lo es menos tolerar pasivamente la subordinación del movimiento revolucionario de masas al control de camarillas burocráticas abiertamente reaccionarias o disimuladamente conservadoras (“progresistas”). Los sindicatos no son fines en sí; no son sino medios a lo largo del camino de la revolución proletaria.

Comités de fábrica

En época de transición, el movimiento obrero no tiene un carácter metódico y equilibrado, sino febril y explosivo. Tanto las consignas como las formas organizativas deben sujetarse a las indicaciones del movimiento. Guardándose como de la peste de abordar rutinariamente una situación dada, la dirección debe responder sensitivamente a la iniciativa de las masas.

Las *huelgas con ocupación de fábricas*, la más reciente expresión de esta iniciativa, rebasan los límites de los procedimientos judiciales “normales” del capitalismo. Al margen de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de las fábricas es una bofetada al ídolo, a la propiedad capitalista. Cada huelga de brazos caídos plantea en términos prácticos la cuestión de si el dueño de la fábrica es el capitalista o son los obreros.

Así como la huelga de brazos caídos plantea esta cuestión episódicamente, el comité de fábrica le da una expresión organizada. El *comité de fábrica*, elegido por todos los trabajadores de la fábrica, constituye de forma inmediata un contrapeso al arbitrio de la administración.

A la reprobación reformista de los patronos del tipo de los “reyes de la economía”, como Ford, en contraste con los explotadores “buenos”, “democráticos”, contraponemos la consigna de comités de fábrica como focos de lucha tanto contra los primeros como contra los segundos.

Los burócratas sindicales se opondrán, por lo general, a la creación de comités de fábrica, del mismo modo que se oponen a cada paso enérgico en el camino de la movilización de masas.

Sin embargo, cuanto más amplia sea la extensión del movimiento tanto más fácil será quebrar esta oposición. En los casos en que la sindicación general a escala de empresa haya quedado ya establecida en tiempos “pacíficos”, el comité coincidirá formalmente con el órgano sindical ordinario, pero renovará su composición y ensanchará sus funciones. La importancia primordial del comité reside, sin embargo, en que se convierte en el estado mayor para la entrada en combate de capas de la clase obrera que los sindicatos son habitualmente incapaces de movilizar. Precisamente de esas capas más oprimidas procederán los batallones más abnegados de la revolución.

A partir del momento en que el comité aparece, en la fábrica se establece de hecho un doble poder. Por su esencia misma, representa la situación de transición, porque lleva en su seno dos regímenes irreconciliables, el capitalista y el proletario. La importancia fundamental de los comités de fábrica está precisamente en el hecho de que abren las puertas a un período, si no revolucionario, sí prerrevolucionario -entre los regímenes burgués y proletario. El que propagar la idea del comité de fábrica no es prematuro ni artificial lo atestiguan suficientemente las oleadas de huelgas con ocupación de fábricas que se extienden a varios países. Nuevas oleadas de este tipo se producirán inevitablemente en un futuro inmediato. Es preciso iniciar con tiempo la campaña por los comités de fábrica para no encontrarnos desprevenidos.

El “secreto comercial” y el control obrero de la industria

El capitalismo liberal, basado en la competencia y la libertad de comercio, ha quedado completamente relegado al pasado. Su sucesor, el capitalismo monopolista, no sólo no atenúa la

anarquía del mercado, sino que, por el contrario, le confiere un carácter especialmente convulsivo. La necesidad de “controlar” la economía, de asentar una “guía” estatal sobre la industria y de “planificar” la reconocen hoy -al menos de palabra- casi todas las corrientes burguesas y pequeñoburguesas actuales, desde las fascistas hasta las socialdemócratas. En cuanto a los fascistas, la cuestión está fundamentalmente en una expropiación “planificada” del pueblo con fines militares. Los socialdemócratas se disponen a vaciar el océano de la anarquía con las cucharas de una “planificación” burocrática. Los ingenieros y los profesores escriben artículos sobre la “tecnocracia”. En sus medrosos intentos de “regulación”, los gobiernos democráticos se dan de bruces contra el sabotaje invencible del gran capital.

La verdadera relación entre los explotadores y los “controladores” democráticos queda perfectamente caracterizada por el hecho de que los señores “reformadores” se paran en seco, con religioso azoramiento, ante el umbral de los trusts y de sus “secretos” de negocio. Aquí predomina el principio de “no interferencia” en los negocios: El estado de cuentas entre el capitalista individual y la sociedad queda como secreto del capitalista: no incumbe a la sociedad. La justificación que se da al principio del “secreto” de negocios es, ostensiblemente, como en la época del capitalismo liberal, la de la libre “competencia”. En realidad, los trusts no tienen secretos entre ellos. Los secretos empresariales forman parte, en la época actual, de una resuelta conspiración del capitalismo monopolista contra los intereses de la sociedad. Los proyectos de limitar la autocracia de los “reyes de la economía” seguirán siendo trágicas payasadas mientras los propietarios privados de los medios sociales de producción puedan ocultar a los productores y a los consumidores las maquinaciones de la explotación, el robo y el fraude. La abolición de los “secretos comerciales” es el primer paso hacia el control efectivo de la industria.

Los obreros no tienen menos derecho que los capitalistas a conocer los “secretos” de la fábrica, del trust, de toda la rama industrial; de la economía nacional en su conjunto.

Ante todo y sobre todo, los bancos, la industria pesada y los transportes centrales deben ser colocados bajo un cristal de aumento.

Las tareas inmediatas del control obrero deben ser poner en claro el deber y el haber de la sociedad, empezando por las empresas individuales; dilucidar de qué parte de la renta nacional se apropian los capitalistas individuales y los explotadores en su conjunto; poner al descubierto los tráficos y estafas entre bastidores de los bancos y los trusts; finalmente, revelar a todos los miembros de la sociedad el desorbitado derroche de trabajo humano que resulta de la anarquía capitalista y de la pura y simple persecución del lucro.

Ningún mandatario del Estado burgués se encuentra en posición de llevar a cabo este trabajo, por grande que sea el poder con que se quiera dotarle. El mundo entero fue testigo de la impotencia del presidente Roosevelt y del primer ministro Blum contra las conspiraciones de las “60” o las “200 familias” de sus naciones respectivas. Para quebrar la resistencia de los explotadores, es necesaria la presión de masas del proletariado. Sólo los comités de fábrica pueden llevar a cabo un verdadero control de la producción, recurriendo -como consejeros, no como “tecnócratas”- a especialistas sinceramente entregados al pueblo: contables, estadísticos, ingenieros, científicos, etc.

La lucha contra el desempleo es impensable sin llamar por una organización amplia y audaz de *trabajos públicos*. Pero los trabajos públicos sólo pueden tener una importancia continuada y progresiva para la sociedad, igual como para los propios desempleados, si se les convierte en parte de un plan general, concebido para cubrir un número considerable de años. En el marco de este plan, los obreros deben reivindicar la reanudación del trabajo, como empresas de servicios públicos, de las empresas privadas cerradas como consecuencia de la crisis. En estos casos, el control obrero quedará reemplazado por la administración obrera directa.

La ejecución de un plan económico, aun el más elemental -desde el punto de vista de los explotados, no de los explotadores- es imposible sin el control obrero, es decir, sin que la mirada de los obreros penetre en todos los resortes, visibles y escondidos, de la economía capitalista. Los

comités representativos de las empresas individuales deben reunirse en conferencias para elegir los correspondientes comités de trusts, de ramas enteras de la industria, de regiones económicas y, finalmente, de la industria nacional en su conjunto. De este modo, el control obrero se convierte en *escuela de economía planificada*. Sobre la base de la experiencia del control, el proletariado se preparará para la administración directa de la industria nacionalizada cuando llegue el momento.

A aquellos capitalistas, sobre todo de las capas bajas y medias, que por iniciativa propia ofrecen a veces mostrar a los obreros sus libros de contabilidad -generalmente para demostrar la necesidad de disminuciones salariales-, los obreros responden que no les interesa la contabilidad de bancarrotas o semibancarrotas aisladas sino los libros de cuentas de todos los explotadores en su conjunto. Los obreros no pueden ni quieren ajustar el nivel de sus condiciones de vida a las necesidades de los capitalistas individuales que han sido víctimas de su propio régimen. La tarea consiste en reorganizar todo el sistema de producción y distribución sobre una base más digna y operativa. Así como la abolición de los secretos empresariales es una condición necesaria para el control obrero, el control es el primer paso en el camino de la conducción socialista de la economía.

La expropiación de distintos grupos de capitalistas

El programa socialista de expropiación, es decir, de derrocamiento político de la burguesía y liquidación de su dominio económico, no debe impedirnos en ningún caso, durante el actual período de transición, levantar, cuando la ocasión lo permite; la reivindicación de expropiación de distintas ramas industriales clave, vitales para la existencia nacional, o del sector más parasitario de la burguesía.

Así, como respuesta a las patéticas jeremiadas de los señores demócratas relativas a la dictadura de las “60 familias” de los Estados Unidos o de las “200 familias” de Francia, contraoponemos la reivindicación de expropiación de estos 60 ó 200 señores feudales capitalistas.

Exactamente de la misma forma, reivindicamos la expropiación de las compañías monopolizadoras de la industria de guerra, los ferrocarriles, las fuentes principales de materias primas, etc.

La diferencia entre estas reivindicaciones y la estúpida consigna reformista de “nacionalización” radica en lo siguiente:

1. Nos oponemos a las indemnizaciones.
2. Alertamos a las masas contra los demagogos del Frente Popular que, defendiendo hipócritamente la nacionalización, continúan siendo en realidad agentes del capital.
3. Llamamos a las masas a que confíen sólo en su propia fuerza revolucionaria.
4. Enlazamos la cuestión de la expropiación con la de la toma del poder por los obreros y los campesinos.

La necesidad de levantar la consigna de expropiación de forma parcial en el curso de la *agitación* diaria; y no sólo en nuestra propaganda en sus aspectos más amplios, viene dictada por el hecho de que las distintas ramas industriales están en niveles de desarrollo distintos, ocupan espacios distintos en la vida de la sociedad, y están pasando por grados distintos de la lucha de clases. Sólo el levantamiento general del proletariado puede poner a la orden del día la expropiación completa de la burguesía. La tarea de las reivindicaciones de transición es la de preparar al proletariado para resolver este problema.

Expropiación de la Banca privada y estatización del sistema de créditos

El imperialismo significa el dominio del *capital financiero*. Codo a codo con los trusts y los sindicatos, y elevándose muchas veces por encima de ellos, los *bancos* concentran en sus

manos el dominio real de la economía. En su estructura, los bancos expresan de forma concentrada la estructura completa del capital moderno: combinan tendencias de *monopolio* con tendencias de *anarquía*. Organizan los milagros tecnológicos, empresas gigante, trusts poderosos; y organizan también las subidas de precio, las crisis y el desempleo. Es imposible dar un solo paso serio en la lucha contra el despotismo monopolista y la anarquía capitalista -que se complementan en su labor destructora- si los puestos dirigentes de los bancos se dejan en manos de capitalistas rapaces. Para crear un sistema unificado de inversiones y créditos, a la vez que un plan racional que corresponda a los intereses de todo el pueblo, es necesario fusionar todos los bancos en una sola institución nacional. Sólo la expropiación de la banca privada y la concentración de todo el sistema de crédito en manos del Estado proporcionará a este último los medios necesarios reales, es decir, materiales -y no sólo papelescos y burocráticos-, para la planificación económica.

La expropiación de los bancos no implica de ningún modo la expropiación de las cuentas bancarias. Por el contrario, el *banco estatal único* podrá crear condiciones mucho más favorables para los pequeños depositantes que los bancos privados. De la misma forma, sólo el banco estatal puede establecer condiciones de crédito favorables, es decir, baratas, para los campesinos, artesanos y pequeños comerciantes. Todavía mayor importancia tiene, sin embargo, el hecho de que la economía en su conjunto -ante todo y sobre todo la industria a gran escala y los transportes-, dirigida por un estado mayor financiero único, se ponga al servicio de los intereses vitales de los obreros y todos los demás trabajadores.

Sin embargo, la *estatización de los bancos* sólo producirá estos resultados favorables si el poder estatal mismo pasa por completo de manos de los explotadores a manos de los trabajadores.

Piquetes de huelga; grupos de autodefensa; milicia obrera; armamento del proletariado

Las huelgas de brazos caídos son una seria advertencia de las masas, no sólo dirigida a la burguesía, sino también a las organizaciones obreras, incluyendo a la Cuarta Internacional. En 1919-20, los obreros italianos tomaron las fábricas por propia iniciativa, señalando así a sus “líderes” la llegada de la revolución social. Los “líderes” no hicieron caso de la señal. El resultado fue la victoria del fascismo.

Las huelgas de brazos caídos no significan todavía la toma de las fábricas al estilo italiano, pero son un paso decisivo hacia ella. La crisis actual puede agudizar al extremo la lucha de clases y aproximar el momento del desenlace. Pero esto no significa que llegue de golpe una situación revolucionaria. De hecho, una serie continua de convulsiones indica su aproximación. Entre ellas está la oleada de huelgas de brazos caídos. El problema, para las secciones de la Cuarta Internacional, consiste en ayudar a la vanguardia proletaria a comprender el carácter general y el ritmo de nuestra época y en fecundar a tiempo la lucha de las masas mediante medidas organizativas cada vez más enérgicas y combativas.

La agudización de la lucha del proletariado supone la agudización de los métodos de contraataque del capital. Nuevas oleadas de huelgas de brazos caídos pueden provocar, y sin duda provocarán, contramedidas enérgicas por parte de la burguesía. El trabajo preparatorio lo están ya realizando los estados mayores secretos de los grandes trusts. ¡Ay de las organizaciones revolucionarias, ay del proletariado si vuelven a cogerlo desprevenido!

La burguesía no se conforma en ninguna parte con la policía oficial y el ejército. En Estados Unidos, incluso en épocas “pacíficas”, la burguesía mantiene batallones militarizados de rompeshuelgas y grupos armados secretos de asesinos en las fábricas. Ahora se añaden a esto los distintos grupos de nazis americanos. La burguesía francesa, a la primera aproximación del peligro, movilizó destacamentos fascistas semilegales e ilegales, incluyendo a los del interior del

ejército. Apenas se fortalezca de nuevo el empuje de los obreros ingleses, las bandas fascistas se multiplicarán por dos, por tres, aumentarán diez veces para avanzar en marcha sangrienta contra los obreros. La burguesía se da perfecta cuenta de que en la época actual la lucha de clases tiende irresistiblemente a transformarse en guerra civil. Los ejemplos de Italia, Alemania, Austria, España y otros países han aleccionado mucho más a los magnates y a los lacayos del capital que a los dirigentes oficiales del proletariado.

Los políticos de las Internacionales Segunda y Tercera, igual que los burócratas de los sindicatos, cierran conscientemente los ojos ante el ejército privado de la burguesía; de otro modo, no podrían conservar su alianza con ella ni por veinticuatro horas. Los reformistas inculcan sistemáticamente en la mente de los obreros la idea de que la sacrosanta democracia está óptimamente garantizada cuando la burguesía está armada hasta los dientes y los obreros desarmados..

El deber de la Cuarta Internacional es poner fin de una vez por todas a esta política servil. Los demócratas pequeñoburgueses -incluyendo a socialdemócratas, estalinistas y anarquistas- dan alaridos tanto más estridentes a propósito de la lucha contra el fascismo cuanto más cobardemente capitulan ante él en la realidad. Sólo destacamentos obreros armados, que sientan detrás de ellos el respaldo de decenas de millones de trabajadores, pueden oponerse con éxito a las bandas fascistas. La lucha contra el fascismo no empieza en las oficinas de redacción liberales, sino en las fábricas, y acaba en la calle. Los rompehuelgas y los pistoleros privados en las fábricas son el núcleo básico del ejército fascista. Los piquetes de huelga son el núcleo básico del ejército proletario. Este es nuestro punto de partida. Es perentorio propagar, con ocasión de cada huelga y cada manifestación, la necesidad de crear grupos obreros de autodefensa. Es preciso inscribir esta consigna en el programa del ala revolucionaria de los sindicatos. Es perentorio, en todas partes donde sea posible, empezando por los grupos de jóvenes, organizar grupos de autodefensa, e instruirlos y ejercitarlos en el manejo de las armas.

Una nueva oleada en el movimiento de masas no sólo serviría para aumentar el número de estas unidades, sino también para unir las por barrios, ciudades, regiones. Es preciso dar expresión organizada al odio legítimo de los obreros por los rompehuelgas y las bandas de gánsteres y fascistas. Es preciso levantar la consigna de milicia obrera como única garantía seria de la inviolabilidad de las organizaciones, las asambleas y la prensa obreras.

Sólo mediante este trabajo de agitación y organización sistemático, perseverante, infatigable, decidido, siempre sobre la base de la experiencia de las masas mismas, es posible desarraigar de su conciencia las tradiciones de sumisión y pasividad; entrenar a destacamentos de luchadores heroicos capaces de sentar un ejemplo para todos los trabajadores; infligir una serie de derrotas tácticas a los asesinos armados de la contrarrevolución; aumentar la autoconfianza de los explotados y los oprimidos; desacreditar al fascismo ante los ojos de la pequeña burguesía y abrir el camino de la conquista del poder por el proletariado.

Engels definió el Estado como destacamentos de “hombres armados”. *El armamento del proletariado* es un apremiante elemento concomitante de su lucha por la liberación. Cuando el proletariado lo quiera, encontrará la vía y los medios para armarse. También en este terreno la dirección recae de forma natural en las secciones de la Cuarta Internacional.

La alianza de los obreros y los campesinos

En el campo, el compañero de armas y equivalente del obrero es el obrero agrícola. Son dos partes de una sola y misma clase. Sus intereses son indisociables. El programa de reivindicaciones de transición de los obreros industriales es igualmente, con cambios aquí y allí, el programa del proletariado agrícola.

Los campesinos (labradores)⁶ representan otra clase: son la pequeña burguesía de la aldea. La pequeña burguesía se compone de distintas capas, desde los elementos semiproletarios hasta los explotadores. De acuerdo con esto, la tarea política del proletariado industrial es llevar la lucha de clases al campo. Sólo así será capaz de trazar una línea divisoria entre sus aliados y sus enemigos.

Las peculiaridades del desarrollo nacional de cada país encuentran su expresión más curiosa en la situación de los campesinos y, en cierta medida, de la pequeña burguesía urbana (artesanos y tenderos). Estas clases, por fuertes que sean numéricamente, son en lo esencial supervivencias representativas de las formas de producción precapitalistas. Las secciones de la Cuarta Internacional deben elaborar, con la mayor concreción posible, un programa de reivindicaciones de transición para los campesinos (labradores) y la pequeña burguesía urbana, de acuerdo con las condiciones de cada país. Los obreros avanzados deben aprender a dar respuestas claras y concretas a las preguntas de sus futuros aliados.

Mientras el campesino siga siendo un pequeño productor “independiente”, necesitará crédito barato, maquinaria agrícola y fertilizantes a precios que pueda pagar, condiciones de transporte favorables, y una organización honesta del mercado de productos agrícolas. Pero los bancos, los trusts y los traficantes roban al campesino por todos lados. Sólo los propios campesinos, con la ayuda de los obreros, pueden poner freno a este robo. En la escena nacional deben aparecer *comités elegidos de pequeños campesinos* y, junto con los comités obreros y los comités de empleados de banca, tomar en sus manos el control del transporte, el crédito y las operaciones mercantiles relativas a la agricultura.

Aludiendo embusteramente a las reivindicaciones “excesivas” de los obreros, la gran burguesía convierte hábilmente la cuestión de *los precios de las mercancías* en una cuña a ser introducida entre los obreros y los campesinos, y entre los obreros y la pequeña burguesía urbana. El campesino, el artesano, el pequeño comerciante, a diferencia del obrero industrial, el oficinista o el funcionario, no puede reivindicar un aumento salarial adaptado al aumento de los precios. La lucha oficial del gobierno contra la elevación de precios sólo es un engaño a las masas. Pero el campesino, el artesano, el comerciante, en su condición de consumidores, pueden inmiscuirse en la política de fijación de precios hombro con hombro con los obreros. A las lamentaciones de los capitalistas en torno a los costos de producción, de transporte y de comercialización, los consumidores replicarán: “Abrid vuestros libros de contabilidad; exigimos el control sobre la fijación de precios”. Los órganos de este control deben ser los *comités de vigilancia de precios*, compuestos por delegados de las fábricas, los sindicatos, las cooperativas, las organizaciones de campesinos, los “pobres diablos” de las ciudades, las amas de casa, etc. Por este medio podrán los obreros demostrar a los campesinos que la verdadera razón del alza de los precios no son los salarios altos, sino los beneficios desorbitados de los capitalistas y los gastos generales de la anarquía capitalista.

El programa de *nacionalización de la tierra y colectivización de la agricultura* debe trazarse de forma que a partir de su base misma excluya la posibilidad de expropiación de los pequeños campesinos y su colectivización forzosa. El campesino seguirá siendo propietario de su parcela todo el tiempo que él considere posible o necesario. Para rehabilitar el programa del socialismo ante los ojos del campesino, hay que desenmascarar despiadadamente los métodos estalinistas de colectivización, dictados no por los intereses de los campesinos o los obreros, sino por los intereses de la burocracia.

La expropiación de los expropiadores tampoco significa la confiscación por la fuerza de la propiedad de los artesanos y los tenderos. Por el contrario, el control obrero de los bancos y los trusts, o, con mayor razón, la nacionalización de esas empresas, puede crear condiciones de

⁶En este texto, debe entenderse por tales a los que poseen tierras y las trabajan por sí mismos, sin recurrir a braceros

crédito, compra y venta incomparablemente más favorables, para la pequeña burguesía urbana, a las que son posibles bajo el dominio incontrolable de los monopolios. La dependencia respecto al capital privado será sustituida por la dependencia respecto al Estado, que atenderá tanto más a las necesidades de sus pequeños colaboradores y agentes cuanto más firmemente los propios trabajadores tengan al Estado en sus manos.

La participación práctica de los campesinos explotados en el control de los distintos campos económicos les permitirá decidir por sí mismos si les resulta o no provechoso pasarse al trabajo colectivo de la tierra, a qué plazos y en qué grado. Los obreros industriales deben considerarse sujetos al deber de manifestar toda su colaboración a los campesinos para recorrer este camino, a través de los sindicatos, los comités de fábrica, y, sobre todo, a través del gobierno obrero y campesino.

La alianza que el proletariado propone, no a las “clases medias” en general, sino a las capas explotadas de la pequeña burguesía urbana y rural, contra todos los explotadores, incluyendo a los de las “clases medias”, no puede basarse en la coacción, sino en el libre consentimiento, que debe consolidarse en un “pacto” especial. Este “pacto” es el programa de reivindicaciones transitorias aceptadas voluntariamente por ambas partes.

La lucha contra el imperialismo y la guerra

Toda la perspectiva mundial, y, por consiguiente, también la vida política interna de los distintos países, está oscurecida por la amenaza de la guerra mundial. La catástrofe inminente provoca estremecimientos de angustia en las más amplias masas de la humanidad.

La Segunda Internacional repite su política infame de 1914 con tanta mayor seguridad cuanto que hoy es el Comintern el que actúa de primer violín del chauvinismo. Así que el peligro de guerra ha adquirido un perfil concreto, los estalinistas, dejando atrás a gran distancia a los pacifistas burgueses y pequeño burgueses, se han convertido en apologistas vocingleros de la llamada “defensa nacional”. La lucha revolucionaria contra la guerra recae así plenamente sobre las espaldas de la Cuarta Internacional.

La política bolchevique-leninista en cuanto a esta cuestión, formulada en las tesis del Secretariado Internacional (La guerra y la Cuarta Internacional, 1934), conserva hoy toda su fuerza. En el período próximo, el éxito de un partido revolucionario dependerá ante todo de su política frente a la cuestión de la guerra. Una política correcta se compone de dos elementos: una actitud inflexible ante el imperialismo y sus guerras, y la aptitud para basar el propio programa en la experiencia de las masas mismas.

En la cuestión de la guerra, más que en ninguna otra, la burguesía y sus agentes engañan al pueblo mediante abstracciones, fórmulas generales y una fraseología cojeante: “neutralidad”, “seguridad colectiva”, “armamento para la defensa de la paz”, “defensa nacional”, “lucha contra el fascismo”, etc. Todas estas fórmulas se reducen en definitiva al hecho de que la cuestión de la guerra, es decir, la suerte del pueblo, debe quedar en manos de los imperialistas, de sus gobiernos, de su diplomacia, de sus generales, con todas sus intrigas y sus conspiraciones contra el pueblo.

La Cuarta Internacional rechaza con repugnancia todas estas abstracciones, que juegan en el campo democrático el mismo papel que en el fascista el “honor”, la “sangre”, la “raza”. Pero la repugnancia no basta. Es necesario ayudar a las masas a descubrir, mediante criterios, consignas y reivindicaciones verificables, la esencia concreta de esas abstracciones fraudulentas.

“¿Desarme?” Pero toda la cuestión está en quién desarma a quién. El único desarme que puede impedir o terminar la guerra es el desarme de la burguesía por los obreros. Pero para desarmar a la burguesía los obreros deben armarse.

“¿neutralidad?” Pero el proletariado no es neutral en absoluto en la guerra entre Japón y China, o en una guerra entre Alemania y la URSS. “¿Quiere decir esto defensa de China y de la

URSS?” ¡Naturalmente! Pero no por medio de los imperialistas, que estrangularán tanto a China como a la URSS.

“¿Defensa de la patria?” Pero por esta abstracción la burguesía entiende la defensa de sus beneficios y de sus saqueos. Estamos dispuestos a defender la patria frente a los capitalistas extranjeros, si antes atamos de pies y manos a los nuestros (nuestros propios capitalistas) y les impedimos atacar la patria de otros; si los obreros y los campesinos de nuestro país se convierten en sus verdaderos dueños; si la riqueza del país pasa de manos de una pequeña minoría a manos del pueblo; si el ejército se convierte en un arma de los explotados en vez de serlo de los explotadores.

Es necesario traducir estas ideas fundamentales deslindándolas en otras más concretas y parciales, condicionadas al curso de los acontecimientos y a la orientación del ánimo de las masas. Es necesario, además, discernir estrictamente entre el pacifismo del diplomático, el profesor, el periodista y el pacifismo del carpintero, el obrero agrícola y la mujer de limpieza. En el primer caso, el pacifismo es una pantalla del imperialismo; en el segundo, es la expresión confusa de la desconfianza en el imperialismo. Cuando el pequeño campesino o el obrero habla de defensa de la patria, piensa en la defensa de su hogar, de su familia y otras familias similares contra la invasión, las bombas y el gas venenoso. El capitalista y su periodista entienden por defensa de la patria la apropiación de colonias y mercados; el aumento mediante el saqueo de la porción “nacional” de la renta mundial. El pacifismo y el patriotismo burgueses son embustes totales. En el pacifismo, e incluso en el patriotismo de los oprimidos, hay elementos que reflejan por un lado el odio a la guerra destructora, y por otro el apego a lo que creen ser su propio bien; elementos que debemos saber aprehender para extraer las conclusiones necesarias.

Con estas consideraciones como punto de partida, la Cuarta Internacional sostiene toda reivindicación, aunque sea insuficiente, si puede arrastrar a las masas, en alguna medida, a la política activa, despertar su crítica y fortalecer su control sobre las maquinaciones de la burguesía.

Desde este punto de vista, nuestra sección americana, por ejemplo, sostiene críticamente la propuesta de instituir un referéndum sobre la cuestión de la declaración de guerra. Ninguna reforma democrática, por supuesto, puede por sí misma impedir a los gobernantes provocar la guerra cuando lo deseen. Hay que advertirlo abiertamente. Sin embargo sean cuales sean las ilusiones de las masas en relación al referéndum propuesto, el apoyo que le prestan refleja la desconfianza de los obreros y los campesinos hacia el gobierno y el Congreso de la burguesía. Sin sostener ni admitir las ilusiones, es necesario sostener con toda la energía posible la desconfianza progresiva de los explotados hacia los explotadores. Cuanto más se extienda el movimiento por el referéndum, tanto antes se alejarán de él los pacifistas burgueses, más enteramente comprometidos se encontrarán los traidores del Comintern y más aguda será la desconfianza hacia los imperialistas.

Desde este mismo punto de vista, hay que levantar la reivindicación de derechos electorales para hombres y mujeres a partir de los dieciocho años. Los que mañana serán llamados a morir por la patria deben tener hoy el derecho a votar. La lucha contra la guerra debe empezar, ante todo, por la *movilización revolucionaria de la juventud*.

Debe arrojarse luz sobre el problema de la guerra desde todos los ángulos, tomando en cuenta la faceta con que se presenta a las masas en el momento dado.

La guerra es una gigantesca empresa comercial, especialmente para la industria de guerra. De ahí que las “60 familias” sean los primeros patriotas y los principales provocadores de la guerra. *El control obrero de las industrias de guerra* es el primer paso en la lucha contra los “fabricantes” de la guerra.

A la consigna de los reformistas: *impuesto sobre los beneficios de guerra*, contraponemos las consignas: *confiscación de los beneficios de guerra y expropiación de los traficantes de la industria de guerra*. Allí donde la industria bélica está “nacionalizada”, como en Francia, la

consigna de control obrero conserva toda su fuerza. El proletariado confía tan poco en el gobierno de la burguesía como en el capitalista individual.

¡Ni un hombre, ni un céntimo para el gobierno burgués!

¡No al programa de armamento: programa de trabajos de utilidad pública!

¡Independencia completa de las organizaciones obreras del control militar y policíaco!

De una vez por todas, debemos arrebatar de las manos de la voraz y despiadada camarilla imperialista, que intriga a espaldas del pueblo, la disposición del destino de los pueblos.

De acuerdo con esto, reivindicamos:

- Abolición completa de la diplomacia secreta; todos los tratados y acuerdos deben ser accesibles a todos los obreros y campesinos.
- Instrucción militar y armamento de los obreros y los campesinos bajo el control directo de los comités obreros y campesinos.
- Creación de escuelas militares para la formación de oficiales elegidos entre los trabajadores por las organizaciones obreras.
- Sustitución del ejército permanente por una milicia popular, vinculada indisolublemente a las fábricas, las minas, las granjas, etc

La guerra imperialista es la continuación y la exacerbación de la política rapaz de la burguesía. La lucha del proletariado contra la guerra es la continuación y la exacerbación de su lucha de clase. La iniciación de la guerra cambia la situación y, parcialmente, los procedimientos de lucha entre las clases, pero no su objetivo ni su orientación básica. La burguesía imperialista domina el mundo. La guerra próxima, en su carácter básico, será por tanto una guerra imperialista. El contenido fundamental de la política del proletariado internacional será, por consiguiente, la lucha contra el imperialismo y su guerra. En esta lucha, el principio básico es: “el enemigo principal está en *tu propio* país”, o “la derrota de *tu propio* gobierno (imperialista) es el mal menor”.

Pero no todos los países del mundo son imperialistas. La mayoría son, por el contrario, víctimas del imperialismo. Algunos de los países coloniales o semicoloniales intentarán sin duda utilizar la guerra para sacudirse el yugo de la esclavitud. Su guerra no será imperialista, sino liberadora. Será deber del proletariado internacional ayudar a los países oprimidos en su guerra contra los opresores. El mismo deber se aplica en cuanto a ayudar a la URSS o a cualquier otro gobierno obrero que pueda surgir antes o en el curso de la guerra. La derrota de *todo* gobierno imperialista en la lucha contra el Estado obrero o contra un país colonial es el mal menor. Los obreros de los países imperialistas, sin embargo, no pueden ayudar a un país antiimperialista a través de sus propios gobiernos, sean cuales sean las relaciones diplomáticas y militares entre los dos países en un momento dado. Si los gobiernos se encuentran en una alianza temporal y, por la esencia misma de la cuestión, incierta, el proletariado del país imperialista sigue permaneciendo en una oposición de clase ante su propio gobierno, y sostiene al “aliado” no imperialista por *sus propios* métodos, es decir, por los métodos de la lucha de clase internacional (agitación no sólo contra sus aliados desleales, sino también a favor del Estado obrero o del país colonial; boicot o huelgas en determinados casos; renuncia al boicot y a las huelgas en otros casos, etc.).

Al sostener al país colonial o a la URSS en una guerra el proletariado no se solidariza en lo más mínimo con el gobierno burgués del país colonial o con la burocracia thermidoriana de la URSS. Por el contrario, mantiene una total independencia política tanto frente al primero como frente a la segunda. Al prestar su ayuda en una guerra justa y progresiva, el proletariado revolucionario se gana la simpatía de los trabajadores de las colonias y de la URSS, fortalece en ellas la autoridad y la influencia de la Cuarta Internacional, y aumenta su capacidad de contribuir al derrocamiento del gobierno burgués en el país colonial, de la burocracia reaccionaria en la URSS.

Al comienzo de la guerra las secciones de la Cuarta Internacional se encontrarán inevitablemente aisladas: toda guerra coge desprevenidas a las masas nacionales y las empuja al

lado del aparato gubernamental. Los internacionalistas tendrán que nadar contra la corriente. Sin embargo, la devastación y la miseria que traerá la nueva guerra, que, en los primeros meses, dejarán atrás los horrores sangrientos de 1914-18, pronto disiparán la embriaguez. El descontento y la revuelta de las masas crecerán a grandes pasos. Las secciones de la Cuarta Internacional se encontrarán en cabeza de la marea revolucionaria. El programa de reivindicaciones transitorias adquirirá una actualidad candente. El problema de la conquista del poder por el proletariado se presentará en toda su magnitud.

Antes de vaciar de sangre a la humanidad o de ahogarla en ella, el capitalismo corrompe la atmósfera mundial con los efluvios venenosos del odio nacional y racial. El *antisemitismo* es hoy una de las convulsiones de la agonía del capitalismo.

Poner al descubierto, inflexiblemente, las raíces de los prejuicios raciales y de todas las formas y matices de la arrogancia nacional y el chauvinismo, en particular del antisemitismo, debe convertirse en parte del trabajo cotidiano de todas las secciones de la Cuarta Internacional, como parte principal de la lucha contra el imperialismo y la guerra. Nuestra consigna fundamental sigue siendo: ¡Obreros del mundo entero, uníos!

El gobierno obrero y campesino

La fórmula de “gobierno obrero y campesino” apareció por primera vez en la agitación de los bolcheviques en 1917, y fue aceptada definitivamente después de la Revolución de Octubre. En este caso no representaba nada más que la denominación popular de la dictadura del proletariado ya establecida. La importancia de esta denominación proviene principalmente del hecho de que subraya la idea de una *alianza entre el proletariado y el campesinado* sobre la que se apoya el poder soviético.

Cuando el Comintern de los epígonos intentó resucitar la fórmula, enterrada por la historia, de “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”, dio a la fórmula “gobierno obrero y campesino” un contenido completamente distinto, puramente “democrático”, es decir, burgués, contraponiéndola a la dictadura del proletariado. Los bolcheviques-leninistas rechazan resueltamente la consigna de “gobierno obrero y campesino” en su versión democrático-burguesa. Afirmaban entonces y afirman hoy que, cuando el partido del proletariado se niega a ir más allá de los límites democrático-burgueses, su alianza con el campesinado se convierte simplemente en un apoyo del capital, como sucedió con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios en 1917, con el Partido Comunista Chino en 1925-27⁷, y sucede ahora con el Frente Popular en España, Francia y otros países.

De abril a septiembre de 1917, los bolcheviques exigieron que los socialistas-revolucionarios y los mencheviques rompieran con la burguesía liberal y tomaran el poder en sus manos. Con esta condición, el Partido Bolchevique prometía a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios, como representantes pequeño-burgueses de los obreros y los campesinos, su ayuda revolucionaria contra la burguesía, negándose categóricamente, sin embargo, tanto a entrar en el gobierno de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios como a asumir por él cualquier responsabilidad política. Si los mencheviques y los socialistas-revolucionarios hubieran roto realmente con los cadetes (liberales) y con el imperialismo extranjero, el “gobierno obrero y campesino” creado por ellos no hubiera sino acelerado y facilitado el establecimiento de la dictadura del proletariado. Pero fue precisamente por esto que la dirección de la democracia pequeño-burguesa se resistió con toda su fuerza al

⁷En 1925-27, en una situación de crisis revolucionaria, la Internacional Comunista impuso al PC Chino la colaboración con el partido nacionalista burgués *Kuomintang*, dirigido por Chiang-Kai-Chek. Éste último desencadenó una brutal represión contra el PCCh en cuanto tuvo ocasión

establecimiento de su propio gobierno. La experiencia de Rusia demostró, y la experiencia de España y Francia lo confirma una vez más, que incluso en condiciones muy favorables los partidos de la democracia pequeño-burguesa (socialistas-revolucionarios, socialdemócratas, estalinistas, anarquistas) son incapaces de crear un gobierno de obreros y campesinos, es decir, un gobierno independiente de la burguesía.

No obstante, la exigencia de los bolcheviques, dirigida a los mencheviques y los socialistas revolucionarios: “¡Romped con la burguesía, tomad el poder en vuestras manos!” tenía una enorme importancia educativa para las masas. La obstinada renuencia de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios a tomar el poder, que tan dramáticamente se puso de manifiesto en las jornadas de julio, los condenó definitivamente ante la opinión de la masa y preparó la victoria de los bolcheviques.

La tarea central de la Cuarta Internacional consiste en liberar al proletariado de la vieja dirección, cuyo conservadurismo está en total contradicción con las erupciones catastróficas del capitalismo en desintegración y representa el principal obstáculo del progreso histórico. La principal acusación que lanza la Cuarta Internacional contra las organizaciones tradicionales del proletariado es la de no querer desvincularse del semicadáver político de la burguesía. En estas condiciones, la exigencia, dirigida sistemáticamente a la vieja dirección: “¡Rompe con la burguesía, toma el poder!” es un arma extremadamente importante para poner al descubierto el carácter traidor de los partidos y organizaciones de las Internacionales Segunda, Tercera y de Amsterdam. Así pues, la consigna de “gobierno obrero y campesino” sólo es aceptable para nosotros en el mismo sentido que tenía para los bolcheviques en 1917, es decir, como consigna antiburguesa y anticapitalista, pero de ninguna manera con el sentido “democrático” que después le han dado los epígonos, transformándola de un puente hacia la revolución socialista en el principal impedimento en su camino.

A todos los partidos y organizaciones que se apoyan en los obreros y los campesinos y hablan en su nombre les exigimos que rompan políticamente con la burguesía y entren en el camino de la lucha por el gobierno obrero y campesino. En este camino, les prometemos un apoyo total contra la reacción capitalista. Al mismo tiempo, desarrollamos infatigablemente una agitación en torno a aquellas reivindicaciones que deberían, en nuestra opinión, formar el programa del “gobierno obrero y campesino”.

¿Es posible la creación de este gobierno por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia anterior nos muestra, como ya hemos dicho, que esto es, como mínimo, sumamente improbable. Sin embargo, no se puede negar categóricamente, por anticipado, la posibilidad teórica de que, bajo la influencia de circunstancias completamente excepcionales (guerra, derrota, krack financiero, presión revolucionaria de las masas, etc.), los partidos pequeño-burgueses, incluyendo a los estalinistas, puedan ir más lejos de lo que ellos mismos quieren en la vía de una ruptura con la burguesía. En cualquier caso, una cosa es indudable: aunque esta variante, sumamente improbable, se realizara alguna vez en alguna parte, y el “gobierno obrero y campesino”, en el sentido arriba mencionado, se estableciera de hecho, representaría meramente un corto episodio en la vía hacia la verdadera dictadura del proletariado.

Sin embargo, es inútil perderse en conjeturas. La agitación en torno a la consigna de gobierno obrero y campesino conserva, bajo todas las condiciones, un enorme valor educativo. Y no por casualidad. Esta consigna general sigue completamente la línea del desarrollo político de nuestra época (bancarrotas y descomposición de los viejos partidos burgueses; ruina de la democracia, crecimiento del fascismo, movimiento acelerado de los obreros hacia una política más activa y agresiva). Cada una de las reivindicaciones de transición debe conducir, por tanto, a una misma y sola conclusión: los obreros tienen que romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para establecer, junto con los campesinos, su propio poder. Es imposible prever cuáles serán las etapas concretas de la movilización revolucionaria de las masas. Las secciones de la Cuarta Internacional deben orientarse críticamente en cada nueva etapa, y lanzar consignas

que apoyen el esfuerzo de los obreros por una política independiente, profundicen el carácter de clase de esta política, destruyan las ilusiones reformistas y pacifistas, fortalezcan la vinculación de la vanguardia con las masas y preparen la conquista revolucionaria del poder.

Soviets

Los *comités de fábrica*, como ya se ha dicho, son un elemento de doble poder en el interior de la fábrica. Por consiguiente, su existencia sólo es posible en condiciones de presión creciente de las masas. Lo mismo ocurre con los agrupamientos especiales de masa para la *lucha contra la guerra*, con los *comités de vigilancia de los precios* y con todos los demás nuevos centros del movimiento, cuya misma aparición testimonia que la lucha de clases ha desbordado los límites de las organizaciones tradicionales del proletariado.

Estos nuevos órganos y centros, sin embargo, empezarán pronto a sentir su falta de cohesión y su insuficiencia. Ninguna de las reivindicaciones transitorias puede realizarse plenamente en las condiciones de mantenimiento del régimen burgués. Al mismo tiempo, la profundización de la crisis social no sólo aumentará los sufrimientos de las masas, sino también su impaciencia, su persistencia y su presión. Constantemente, nuevas capas de oprimidos levantarán la cabeza y avanzarán con sus reivindicaciones. Millones de “pobres diablos”, trabajadores míseros a los que los dirigentes reformistas no han dedicado nunca un pensamiento, empezarán a golpear insistentemente a las puertas de las organizaciones obreras. Los desempleados se unirán al movimiento. Los obreros agrícolas, los campesinos arruinados y semiarruinados, los oprimidos de las ciudades, las obreras, las amas de casa, las capas proletarizadas de la intelligentsia, todos ellos buscarán la unidad y una dirección.

¿Cómo pueden armonizarse las distintas reivindicaciones y formas de lucha; aunque sólo sea en los límites de una sola ciudad? La historia ha respondido ya a esta pregunta: a través de soviets. Ellos unirán a los representantes de todos los grupos en lucha. Nadie hasta ahora ha propuesto, a este efecto, ninguna forma distinta de organización, y, realmente, sería difícil imaginar otra mejor. Los soviets no están restringidos por un programa de partido *a priori*. Abren sus puertas a todos los explotados. Por esas puertas entran representantes de todos los estratos, arrastrados a la corriente general de la lucha. La organización, ensanchándose junto con el movimiento, se renueva en su seno una y otra vez. Todas las corrientes políticas del proletariado pueden luchar por la dirección de los soviets sobre la base de la más amplia democracia. Por tanto, la consigna de soviets corona el programa de las reivindicaciones de transición.

Los soviets sólo pueden surgir cuando el movimiento de masas entra en una etapa abiertamente revolucionaria. Desde el primer momento de su aparición, los soviets, operando como eje en torno al que se unen millones de trabajadores en su lucha contra los explotadores, se convierten en rivales y adversarios de las autoridades locales, y luego del gobierno central. Así como el comité de fábrica crea un doble poder en la fábrica, los soviets inician un período de doble poder en el país.

El doble poder es a su vez el punto culminante del período de transición. Dos regímenes, el burgués y el proletario, se enfrentan irreconciliablemente. El choque entre ellos es inevitable. La suerte de la sociedad depende del resultado. Si la revolución es derrotada, la consecuencia será la dictadura fascista de la burguesía. En caso de victoria; surgirá el poder de los soviets, es decir, la dictadura del proletariado y la reconstrucción socialista de la sociedad

Los países atrasados y el programa de reivindicaciones transitorias

Los países coloniales y semicoloniales son por naturaleza atrasados. Pero los países atrasados forman parte de un mundo dominado por el imperialismo. Su desarrollo, por tanto, tiene un carácter *combinado*: las formas económicas más primitivas se combinan con el último

grito de la técnica y la cultura capitalista. De la misma forma se ven determinados los esfuerzos políticos del proletariado de los países atrasados: la lucha por los más elementales logros de independencia nacional y democracia burguesa se combina con la lucha socialista contra el imperialismo mundial. Las consignas democráticas, las reivindicaciones transitorias y los problemas de la revolución socialista no se dividen en esta lucha en épocas históricas distintas, sino que surgen directamente unas de otras. El proletariado chino apenas había empezado a organizar sindicatos cuando tuvo que preocuparse ya de soviets. En este sentido, el presente programa es completamente aplicable a los países coloniales y semicoloniales, al menos a aquellos en que el proletariado se ha capacitado para llevar una política independiente.

La tarea central de los países coloniales y semicoloniales es la *revolución agraria*, es decir, la liquidación de las herencias feudales, y la *independencia nacional*, es decir, el derribo del yugo imperialista. Ambas tareas están estrechamente vinculadas entre sí.

Es imposible rechazar sin más el programa democrático; es preciso que las masas lo sobrepasen en la lucha. La consigna de Asamblea Nacional (o Constituyente) conserva toda su fuerza para países como China o India. Esta consigna debe ligarse indisolublemente con el problema de la liberación nacional y el de la reforma agraria. Ante todo, hay que armar a los obreros con este programa democrático. Sólo ellos podrán convocar y unir a los campesinos. Sobre la base del programa democrático revolucionario, hay que oponer a los obreros a la burguesía “nacional”. Luego, en determinada etapa de la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, pueden y deben surgir los soviets. Su papel histórico, en cada periodo dado, en particular su relación con la Asamblea Nacional, estará determinado por el nivel político del proletariado, su vinculación con el campesinado y el carácter de la política del partido proletario. Tarde o temprano, los soviets deben derribar la democracia burguesa. Sólo ellos pueden llevar a su consumación la revolución democrática y abrir la era de la revolución socialista.

El peso relativo de cada una de las reivindicaciones democráticas y transitorias en la lucha del proletariado, los lazos entre ellas y su orden de sucesión vienen determinados por las peculiaridades y las condiciones específicas de cada país atrasado y, en medida considerable, por el *grado* de su atraso. Sin embargo, la tendencia general del desarrollo revolucionario en todos los países atrasados puede determinarse por la fórmula de la *revolución permanente* en el sentido definitivamente conferido a ella por las tres revoluciones en Rusia (1905, febrero de 1917, octubre de 1917).

El Comintern ha proporcionado a los países atrasados un ejemplo clásico de cómo puede arruinarse una revolución poderosa y llena de promesas. Durante el tempestuoso levantamiento de masas en China en 1925-1927, el Comintern no lanzó la consigna de Asamblea Nacional, y a la vez prohibió la creación de soviets (el partido burgués, el Kuomintang, debía reemplazar, de acuerdo con el plan de Stalin, tanto a la Asamblea Nacional como a los soviets). Después que las masas fueran aplastadas por el Kuomintang, el Comintern organizó una caricatura de soviets en Cantón. Tras el hundimiento inevitable de la insurrección de Cantón, el Comintern adoptó la vía de la guerra de guerrilla y de soviets campesinos, con la pasividad completa del proletariado industrial. Al caer así en un callejón sin salida, el Comintern se aprovechó de la guerra chino-japonesa para liquidar la “China soviética” de un plumazo, subordinando no sólo al “Ejército Rojo” campesino, sino también al así llamado Partido “Comunista” al mismo Kuomintang, es decir, a la burguesía.

Habiendo traicionado a la revolución proletaria internacional en beneficio de la amistad con los esclavistas “democráticos”, el Comintern no podía menos que traicionar, también, simultáneamente, la lucha liberadora de las masas coloniales, y ello, realmente, con un cinismo aún mayor al de la Segunda Internacional antes que él. Una de las tareas de la política de Frente Popular y de “defensa nacional” es convertir a centenares de millones de hombres de la población colonial en carne de cañón para el imperialismo “democrático”. La bandera de la lucha

por la liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales, es decir, una buena mitad de la humanidad, ha pasado definitivamente a manos de la Cuarta Internacional.

El programa de reivindicaciones transitorias en los países fascistas

Han quedado muy atrás los días en que los estrategas del Comintern proclamaban que la victoria de Hitler era simplemente un paso hacia la victoria de Thaelmann⁸. Hace más de cinco años que Thaelmann está en las cárceles de Hitler. Mussolini tiene a Italia encadenada por el fascismo desde hace más de dieciséis años. Durante este tiempo, los partidos de las Internacionales Segunda y Tercera han sido incapaces no sólo de dirigir un movimiento de masas, sino incluso de crear una organización ilegal seria, comparable siquiera en alguna medida a los partidos revolucionarios rusos en la época zarista.

No existe la menor razón para explicar estos fracasos por la potencia de la ideología fascista. (Esencialmente, Mussolini no ha presentado nunca ninguna clase de ideología.) La “ideología” de Hitler nunca ha influido seriamente en los obreros. Aquellas capas de la población que, en un momento dado, se embriagaron con el fascismo, o sea, principalmente las clases medias, han tenido tiempo suficiente para serenarse. El hecho de que una oposición mínimamente perceptible se circunscriba a círculos eclesiásticos protestantes y católicos no se explica por el poder de las teorías semidelirantes y semicharlatanescas de “raza” y “sangre”, sino por el Terrible hundimiento de las ideologías de la democracia, la socialdemocracia y el Comintern.

Después de la matanza de la Commune de París, una reacción siniestra reinó cerca de ocho años. Después de la derrota de la revolución rusa de 1905, las masas trabajadoras quedaron aturdidas durante casi el mismo tiempo. Pero en ambos casos el fenómeno era sólo resultado de una derrota física, determinada por la relación de fuerzas. En Rusia, además, afectaba a un proletariado casi virgen. Por entonces, la fracción bolchevique no había siquiera celebrado su tercer cumpleaños. El caso es completamente distinto en Alemania, donde la dirección provenía de partidos poderosos, uno de los cuales hacía setenta años que existía, y el otro casi quince. Ambos partidos, con millones de electores detrás, estuvieron paralizados moralmente antes de la batalla, y se rindieron sin batallar. La historia no registra ninguna catástrofe semejante. El proletariado alemán no fue destrozado por el enemigo en una batalla. Fue sojuzgado por la cobardía, la bajeza, la traición de sus propios partidos. Nada tiene pues de extraño que haya perdido la fe en todo aquello en que solía creer durante casi tres generaciones. La victoria de Hitler fortaleció, a su vez, a Mussolini.

El prolongado fracaso del trabajo revolucionario en España o Alemania no es sino el pago merecido por la política criminal de la socialdemocracia y el Comintern. El trabajo ilegal no sólo requiere la simpatía de las masas, sino también el entusiasmo consciente de sus capas avanzadas. Pero ¿puede esperarse entusiasmo por organizaciones históricamente en bancarrota? La mayoría de los que se han marchado como dirigentes emigrados o son agentes del Kremlin y de la GPU, desmoralizados hasta el tuétano, o ex ministros socialdemócratas, que sueñan en que los obreros, por una especie de milagro los reintegren a sus cargos perdidos. ¿Es posible imaginar, por un minuto tan sólo, a esos caballeros en el futuro papel de dirigentes de la revolución “antifascista”?

Los acontecimientos en la arena mundial -el aplastamiento de los obreros austriacos, la derrota de la revolución española, la degeneración del Estado soviético- no pueden ayudar a un levantamiento revolucionario en Italia y Alemania. Dado que los obreros alemanes e italianos, para la información política, dependen en gran medida de la radio, puede decirse con seguridad

⁸Thaelmann: Secretario General del PC alemán, que llevó hasta el fin la estrategia del “Tercer Periodo”(ver nota nº 10). Murió en un campo de concentración.

que la emisora de radio de Moscú, combinando los embustes thermidorianos con la estupidez y la insolencia, se ha convertido en el factor más poderoso de desmoralización de los obreros en los Estados totalitarios. En esto como en otras cosas, Stalin actúa simplemente como ayudante de Goebbels.

Por otra parte, los mismos antagonismos de clase que condujeron a la victoria del fascismo, prosiguiendo su labor también bajo el fascismo, están minándolo gradualmente. Las masas están más insatisfechas que nunca. Cientos y miles de obreros abnegados continúan, a pesar de todo, con un trabajo revolucionario subterráneo. Una nueva generación, que no ha experimentado directamente la quiebra de las viejas tradiciones y de las grandes esperanzas, ha entrado en escena. Irresistiblemente, la preparación molecular de la revolución proletaria prosigue bajo la pesada losa del totalitarismo. Mas para que la fuerza escondida se encienda en una sublevación abierta es preciso que la vanguardia del proletariado encuentre nuevas perspectivas, un nuevo programa y una nueva bandera no infamada.

Aquí está el obstáculo principal. Resulta extremadamente difícil para los obreros de los países fascistas elegir un nuevo programa. Los programas se verifican por la experiencia. Y es precisamente la experiencia de movimientos de masa lo que falta en los países con despotismos totalitarios. Es muy probable que sea necesario un auténtico éxito proletario en alguno de los países “democráticos” para impulsar el movimiento revolucionario en territorio fascista. Es posible un resultado similar por medio de una catástrofe financiera o militar. Actualmente, es necesario realizar ante todo un trabajo propagandístico, preparatorio, que sólo rendirá sus frutos a gran escala en el futuro. Ya desde ahora, una cosa puede decirse con seguridad: cuando la oleada revolucionaria se abra camino en los países fascistas, adquirirá de inmediato una extensión grandiosa, y de ningún modo se detendrá en el intento de resucitar un Weimar⁹ cualquiera.

Es a partir de este punto que empieza una divergencia insuperable entre la Cuarta Internacional y los viejos partidos que sobreviven a su bancarrota. El Frente Popular en la emigración es la variedad más nefasta y traidora de todos los posibles Frentes Populares. En lo esencial, significa el deseo impotente de alianza con una burguesía liberal inexistente. De tener éxito, simplemente prepararía una serie de nuevas derrotas del proletariado del tipo de la de España. Desvelar despiadadamente la teoría y la práctica del Frente Popular es por lo tanto la primera condición de una lucha revolucionaria contra el fascismo.

Naturalmente, esto no significa que la Cuarta Internacional rechace las consignas democráticas como medios de movilizar a las masas contra el fascismo. Estas consignas, por el contrario, pueden en ciertos momentos desempeñar un serio papel. Pero las fórmulas de la democracia (libertad de prensa, derecho de asociación, etc.) sólo significan para nosotros consignas incidentales o episódicas en el movimiento independiente del proletariado, y no un dogal democrático echado al cuello del proletariado por los agentes de la burguesía (¡España!). En cuanto el movimiento adquiera cierto carácter de masa, las consignas democráticas se entrelazarán con las consignas de transición. Los comités de fábrica, como es de suponer, surgirán antes de que los jefes rutinarios se pongan a organizar los sindicatos desde sus oficinas. Los soviets cubrirán Alemania antes de que una nueva Asamblea Constituyente se reúna en Weimar. Esto mismo es aplicable a Italia y al resto de los países totalitarios y semitotalitarios.

⁹La república alemana que se constituyó tras la I Guerra Mundial se conoce como República de Weimar, por la ciudad en que se proclamó.

El fascismo hundió a estos países en la barbarie política. Pero no cambió su estructura social. El fascismo es una herramienta en manos del capital financiero y no de los terratenientes feudales. Un programa revolucionario debe basarse en la dialéctica de la lucha de clases, que se da también forzosamente en los países fascistas, y no en la psicología de hombres en bancarrota aterrorizados. La Cuarta Internacional rechaza con repugnancia los métodos de mascarada política que mueven a los estalinistas, antiguos héroes del “tercer periodo”¹⁰, a presentarse alternativamente con máscara de católicos, protestantes, judíos, nacionalistas alemanes, liberales, únicamente para ocultar su propio rostro poco atractivo. La Cuarta Internacional se muestra siempre y en todas partes bajo su propia bandera. Propone abiertamente su propio programa al proletariado de los países fascistas. Los obreros avanzados de todo el mundo están ya firmemente convencidos de que el derrocamiento de Mussolini, de Hitler y de sus agentes e imitadores, sólo se realizará bajo la dirección de la Cuarta Internacional.

La URSS y los problemas de la época de transición

La Unión Soviética salió de la Revolución de Octubre como Estado obrero. La propiedad estatal de los medios de producción, requisito previo necesario para el desarrollo socialista, abrió la posibilidad de un rápido crecimiento de las fuerzas productivas. Pero el aparato del Estado obrero sufrió a la vez una completa degeneración: de arma de la clase obrera se transformó en arma de la violencia burocrática contra la clase obrera, y cada vez más en arma del sabotaje de la economía del país. La burocratización de un Estado obrero atrasado y aislado y la transformación de la burocracia en una casta privilegiada omnipotente constituye la refutación más convincente - no sólo teórica, sino práctica- de la teoría del socialismo en un solo país.

¹⁰ Se conoce como “tercer periodo” de la Internacional Comunista el iniciado por el brusco giro político hacia la izquierda de su política en 1928. La anterior táctica de “frente único”, adoptada en 1921, quedaba abolida; los PC pasaban a denunciar a la socialdemocracia como “ala izquierda de la burguesía”, “aliada objetiva del fascismo” o con el término insultante de “socialfascismo”. Toda alianza con la socialdemocracia estaba prohibida. El Partido Comunista alemán, siguiendo al pie de la letra esta política, se negó a cualquier acuerdo con los socialdemócratas para luchar contra los nazis (llegó incluso a liarse con los nazis contra los socialdemócratas, lo que facilitó la victoria de Hitler. En 1934, la política del “tercer periodo” fue a su vez bruscamente liquidada, pasando la URSS a promover la política de Frentes Populares.

Así, el régimen de la URSS encarna contradicciones terribles, pero sigue siendo un *Estado obrero degenerado*. Este es el diagnóstico social. El pronóstico político tiene un carácter alternativo: o bien la burocracia, convirtiéndose cada vez más en el órgano de la burguesía mundial en el Estado obrero, derrocará las nuevas formas de propiedad y volverá a hundir al país en el capitalismo, o bien la clase obrera aplastará a la burocracia y abrirá el camino del socialismo. Para las secciones de la Cuarta Internacional, los procesos de Moscú¹¹ no fueron una sorpresa, ni tampoco el resultado de la demencia personal del dictador del Kremlin, sino la descendencia legítima del Thermidor¹². Surgieron de los choques insoportables dentro de la misma burocracia soviética, que a su vez reflejan las contradicciones entre la burocracia y el pueblo, así como los antagonismos que se profundizan en el interior del “pueblo” mismo. La sangrienta y “fantástica” naturaleza de los procesos da la medida de la intensidad de las contradicciones, y el mismo indicio predice la proximidad del desenlace.

Las declaraciones públicas de antiguos representantes del Kremlin en el extranjero que se han negado a regresar a Moscú confirman irrefutablemente, a su manera, que en la burocracia está toda la gama del pensamiento político: desde el verdadero bolchevismo (I. Reiss) hasta el fascismo consumado (F. Butenko). Los elementos revolucionarios dentro de la burocracia, una pequeña minoría, reflejan, aunque pasivamente, los intereses socialistas del proletariado. Los elementos fascistas, contrarrevolucionarios, que aumentan ininterrumpidamente, expresan de forma cada vez más consistente los intereses del imperialismo mundial. Esos candidatos al papel de *compradores* consideran, no sin razón, que la nueva capa gobernante sólo puede asegurar sus posiciones privilegiadas mediante el rechazo de la nacionalización, la colectivización y el monopolio del comercio exterior, en nombre de la asimilación de la “civilización occidental”, es decir, el capitalismo. Entre estos dos polos hay tendencias intermedias, difusas tendencias mencheviques, socialistas-revolucionarias o liberales que gravitan hacia la democracia burguesa.

En las mismas filas de la sociedad llamada “sin clases”, existen incuestionablemente agrupamientos idénticos a los de la burocracia, sólo que manifestados menos nítidamente y en proporciones inversas: las tendencias capitalistas conscientes se dan principalmente en el sector más próspero de las explotaciones colectivas (koljoses), y sólo son características de una pequeña minoría de la población. Pero esta capa encuentra una amplia base en las tendencias pequeño-burguesas de acumulación individual de riqueza a expensas de la pobreza general, y están alentadas conscientemente por la burocracia.

En la cima de estos antagonismos crecientes, que quebrantan cada vez más el equilibrio social, la oligarquía thermidoriana, hoy reducida sobre todo a la camarilla bonapartista de Stalin, se mantiene con métodos terroristas. Los últimos montajes judiciales fueron un golpe dirigido *contra la Izquierda*. Esto es igualmente cierto en la eliminación de los dirigentes de la oposición de derecha, dado que el grupo de derecha del viejo Partido Bolchevique, considerado desde el punto de vista de los intereses y tendencias de la burocracia, representa un peligro *de izquierda*. El hecho de que la camarilla bonapartista, que teme igualmente a sus aliados de derecha al estilo de Butenko, se vea obligada, en interés de su autopreservación, a ejecutar a la generación de los viejos bolcheviques casi por completo, ofrece un testimonio indiscutible de la vitalidad de las tradiciones revolucionarias entre las masas y de su descontento creciente.

Los demócratas pequeño-burgueses occidentales, que aún ayer aquilataban los procesos de Moscú como oro puro, repiten hoy insistentemente que ya no hay “ni trotskismo ni trotskistas

¹¹Se conoce por este nombre a los infamantes procesos en que Stalin acusó y condenó a numerosos dirigentes del PC de la URSS, acusados de espionaje, traición y otros fantásticos crímenes

¹²Thermidor era el nombre del 11 mes del calendario establecido por la revolución francesa. El 9 y 10 de Thermidor de 1794, un golpe reaccionario acabó con el periodo revolucionario de Robespierre. Por analogía, se habla de un Thermidor soviético, refiriéndose a la reacción Stalinista

dentro de la U.R.S.S.”. Omiten explicar, sin embargo, por qué todas las purgas se realizan bajo la bandera de una lucha precisamente contra este peligro. Si consideramos al “trotskismo” como un programa acabado, o, con mayor razón, como una organización, es incuestionable que el “trotskismo” es extremadamente débil en la URSS. Sin embargo, su fuerza indestructible proviene de que expresa no sólo la tradición revolucionaria, sino también la oposición real de la clase obrera rusa en la actualidad. El odio social acumulado por los obreros contra la burocracia es precisamente lo que, desde el punto de vista de la camarilla del Kremlin, constituye el “trotskismo”. Tiene un miedo mortal, y perfectamente fundado, a la vinculación entre la indignación de los obreros, profunda pero inarticulada, con la organización de la Cuarta Internacional.

El exterminio de la generación de los viejos bolcheviques y de los representantes revolucionarios de las generaciones intermedia y joven ha roto el equilibrio político todavía más en favor del ala derecha, burguesa, de la burocracia, y de sus aliados en el país. De ellos, es decir, de la derecha, podemos esperar intentos todavía más decididos, en el período próximo, de revisar el carácter socialista de la URSS y de acercarla al modelo de la “civilización occidental” en su forma fascista

Desde esta perspectiva, la cuestión de “defensa de la URSS” adquiere una gran concreción. Si mañana el agrupamiento burgués-fascista, la “fracción de Butenko”, por así decirlo, intentara conquistar el poder, la “fracción de Reiss” se alinearía inevitablemente en el lado opuesto de las barricadas. Aunque se encontraría temporalmente en alianza con Stalin, no defendería sin embargo a la camarilla bonapartista, sino la base social de la URSS, es decir, la propiedad arrancada a los capitalistas y transformada en propiedad estatal. Si se revelara que la “fracción de Butenko” está aliada con Hitler, la “fracción de Reiss” defendería la URSS de la intervención militar, tanto dentro del país como en la arena mundial. Toda otra actitud sería una traición.

Así pues aunque no sea admisible negar por anticipado la posibilidad, en casos perfectamente delimitados, de un “frente único” con el sector thermidoriano de la burocracia contra un ataque abierto de la contrarrevolución capitalista, la tarea política principal en la URSS sigue siendo *el derrocamiento de esta misma burocracia thermidoriana*. Cada nuevo día de su dominio contribuye a descomponer los fundamentos de los elementos socialistas de la economía y aumenta las posibilidades de restauración capitalista. Esta es precisamente la dirección en que se mueve el Comintern como agente y cómplice de la camarilla stalinista, al estrangular la revolución española y desmoralizar al proletariado internacional.

Igual que en los países fascistas, la fuerza principal de la burocracia no reside en sí misma, sino en el desengaño de las masas, en su falta de una nueva perspectiva. Igual que en los países fascistas, de cuyo aparato político el de Stalin sólo difiere por su salvajismo más desenfrenado, hoy en la URSS sólo es posible un trabajo preparatorio de propaganda. Igual que en los países fascistas, serán probablemente acontecimientos exteriores los que darán el impulso al levantamiento revolucionario de los obreros soviéticos. La lucha contra el Comintern en la arena mundial es hoy el aspecto más importante de la lucha contra la dictadura stalinista. Hay muchos indicios de que la caída del Comintern, dado que no se apoya *directamente* en la G.P.U., precederá a la caída de la camarilla bonapartista y de la burocracia thermidoriana en su conjunto.

Un nuevo ascenso de la revolución en la URSS empezará indudablemente bajo la bandera de la lucha contra la *desigualdad social* y la *opresión política*. ¡Abajo los privilegios de la burocracia! ¡Abajo el stajanovismo¹³! ¡Abajo la aristocracia soviética con sus rangos y medallas! ¡Mayor igualdad salarial en toda clase de trabajo!

La lucha por la libertad de los sindicatos y los comités de fábrica, por el derecho de

¹³Por el obrero V. Stajanov. Se refiere a aquellos trabajadores que en la URSS stalinista, se distinguían por su gran productividad y esfuerzo. Gozaban de numerosos privilegios, constituyendo una aristocracia obrera.

reunión y la libertad de prensa, se desarrollará en la lucha por la regeneración y el desarrollo de la *democracia soviética*.

La burocracia ha reemplazado los soviets, como órganos de clase, por la ficción de los derechos electorales universales, al estilo de Hitler y Goebbels. Es preciso devolver a los soviets, no solo su libre forma democrática, sino también su contenido de clase. Así como en otro tiempo no se permitía a la burguesía y a los kulaks¹⁴ ingresar en los soviets, ahora *es necesario expulsar de los soviets a la burocracia y a la nueva aristocracia*. En los soviets sólo hay sitio para los representantes de los obreros, de los trabajadores de las explotaciones colectivas, de los campesinos, de los soldados del Ejército Rojo.

La democratización de los soviets es imposible sin la *legalización de los partidos soviéticos*. Los mismos obreros y campesinos, con sus votos libres, señalarán a los partidos que reconocen como partidos soviéticos.

¡Revisión, de pies a cabeza, de la economía planificada en interés de los productores y los consumidores! Los comités de fábrica deben recobrar el derecho de control sobre la producción. Una cooperativa de consumidores organizada democráticamente debe controlar la calidad y el precio de los productos.

¡Reorganización de las explotaciones colectivas de acuerdo con la voluntad y los intereses de los obreros que trabajan en ellas!

La reaccionaria *política internacional* de la burocracia debe reemplazarse por la política del internacionalismo proletario. Toda la correspondencia diplomática del Kremlin debe publicarse. ¡Abajo con la diplomacia secreta!

Todos los juicios políticos, escenificados por la burocracia thermidoriana, deben revisarse en condiciones de publicidad completa, discusión abierta y honradez. Los organizadores de las falsificaciones deben sufrir el castigo merecido.

Es imposible realizar este programa sin el derrocamiento de la burocracia, que se mantiene por la violencia y la falsificación. Sólo el levantamiento revolucionario victorioso de las masas oprimidas puede resucitar el régimen soviético y garantizar su ulterior desarrollo hacia el socialismo. No hay sino un partido capaz de conducir a la insurrección a las masas soviéticas: ¡el partido de la Cuarta Internacional!

¡Abajo la banda burocrática de Caín-Stalin!

¡Viva la democracia soviética!

¡Viva la revolución socialista internacional!

Contra el oportunismo y el revisionismo sin principios

La política del partido de Leon Blum en Francia demuestra nuevamente que los reformistas son incapaces de aprender nada ni siquiera de las más trágicas lecciones de la historia. La socialdemocracia francesa imita servilmente la política de la socialdemocracia alemana y se encamina al mismo resultado. En unas pocas décadas, la Segunda Internacional, entrelazada con el régimen democrático-burgués, se ha convertido de hecho en parte de él, y junto con él se está pudriendo.

La Tercera Internacional ha emprendido el camino del reformismo cuando la crisis del capitalismo pone definitivamente la revolución proletaria a la orden del día. La actual política del Comintern en España y en China -la política de arrastrarse ante la burguesía “democrática” y “nacional”- demuestra que tampoco el Comintern es capaz de aprender nada más ni de cambiar. La burocracia, que se ha convertido en una fuerza reaccionaria dentro de la URSS, no puede

¹⁴ Campesinos acomodados, que empleaban mano de obra en sus tierras

desempeñar un papel revolucionario en la arena mundial.

El anarcosindicalismo ha sufrido, en términos generales, la misma clase de evolución. En Francia, la burocracia sindicalista de Leon Jouhaux¹⁵ se ha convertido desde hace tiempo en una agencia de la burguesía en el seno de la clase obrera. En España, el anarcosindicalismo se sacudió de encima su revolucionarismo aparente y se convirtió en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa.

¹⁵Jouhaux: dirigente -anarcosindicalista- de la CGT francesa en la I Guerra Mundial y su posguerra

Las organizaciones centristas intermedias, agrupadas en torno a la Oficina de Londres¹⁶, representan simples apéndices “de izquierda” de la socialdemocracia o del Comintern. Han manifestado una completa incapacidad de orientarse en la situación política y de extraer de ella conclusiones revolucionarias. Su punto culminante fue el POUM español, que, en condiciones revolucionarias, se mostró completamente incapaz de seguir una línea revolucionaria.

Las trágicas derrotas sufridas por el proletariado mundial durante largos años han condenado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo aún mayor, y a la vez han lanzado a los “revolucionarios” pequeñoburgueses decepcionados a la búsqueda de “nuevas vías”. Como siempre ocurre en las épocas de reacción y decadencia, aparecen por todos lados curanderos y charlatanes, deseosos de revisar todo el curso del pensamiento revolucionario. En lugar de aprender del pasado, lo “rechazan”. Algunos descubren la inconsistencia del marxismo, otros anuncian la ruina del bolchevismo. Los hay que responsabilizan a la doctrina revolucionaria de los errores y crímenes de los que la han traicionado; otros maldicen el remedio porque no garantiza una curación instantánea y milagrosa. Los más atrevidos prometen descubrir una panacea y recomiendan, entretanto, detener la lucha de clases. Buen número de profetas de “morales nuevas” se disponen a regenerar el movimiento obrero con la ayuda de una homeopatía ética. La mayoría de esos apóstoles han conseguido convertirse en inválidos morales antes de llegar al campo de batalla. Así pues, tras un exterior de “nuevas vías”, se ofrecen al proletariado viejas recetas, hace tiempo enterradas en los archivos del socialismo premarxista.

La Cuarta Internacional declara una guerra implacable a las burocracias de las Internacionales Segunda, Tercera, de Amsterdam¹⁷ y Anarcosindicalista, así como a sus satélites centristas, al reformismo sin reformas, a la democracia en alianza con la GPU, al pacifismo sin paz, al anarquismo al servicio de la burguesía, a los “revolucionarios” que temen mortalmente a la revolución. Todas esas organizaciones no son prendas del porvenir, sino pútridas supervivencias del pasado. La época de guerras y revoluciones no dejará ni rastro de ellas.

La Cuarta Internacional no persigue ni inventa panaceas. Se apoya por completo en el marxismo, como la única doctrina revolucionaria que permite comprender la realidad, descubrir detrás de las derrotas sus causas y preparar conscientemente la victoria. La Cuarta Internacional continúa la tradición del bolchevismo, que por primera vez mostró al proletariado cómo conquistar el poder. La Cuarta Internacional echa a un lado a los curanderos, los charlatanes y los profesores de moral importunos. En una sociedad basada en la explotación, la moral suprema es la de la revolución social. Son válidos todos los métodos que elevan la conciencia de clase de los obreros, su confianza en sus propias fuerzas, su disposición a la abnegación en la lucha. Son inadmisibles los métodos que inculcan a los oprimidos el miedo y la sumisión frente a los opresores, que ahogan el espíritu de protesta y la indignación o sustituyen la voluntad de las masas por la voluntad de los dirigentes, la convicción por la coacción, el análisis de la realidad por la demagogia y la falsificación. Por esto es que la socialdemocracia, que prostituye al marxismo, y el stalinismo -la antítesis del bolchevismo- son enemigos mortales de la revolución proletaria y su moral.

Hacer frente a la realidad abiertamente; no buscar la línea de menor resistencia; llamar a las cosas por su nombre; decir la verdad a las masas, por amarga que sea; no temer a los obstáculos; ser valiente cuando llega la hora de la acción, tales son las normas de la Cuarta Internacional. Ha demostrado que puede nadar contra la corriente. La próxima ola histórica la elevará en su cresta.

¹⁶La “Oficina de Londres” agrupaba al Independent Labour Party inglés, la SAP (Sozialistische Arbeiterpartei: partido socialista obrero) alemana, el PSOP (P. Socialista Obrero y Campesino) francés, el POUM español y otros grupos hostiles a la IV Internacional

¹⁷Internacional Sindical vinculada a la II Internacional

Contra el sectarismo

Bajo la influencia de la traición de las organizaciones históricas del proletariado, ciertas actitudes y agrupaciones sectarias de distinta especie han surgido o se han regenerado en la periferia de la Cuarta Internacional. En su base hay una negativa a luchar por reivindicaciones parciales y transitorias, es decir, por los intereses y necesidades elementales de las masas trabajadoras tal como son hoy. Prepararse para la revolución significa para los sectarios convencerse a sí mismos de la superioridad del socialismo. Proponen volver la espalda a los “viejos” sindicatos, es decir, a decenas de millones de obreros organizados; ¡como si a las masas les fuera posible de alguna manera vivir fuera de las condiciones de la lucha de clases real! Permanecen indiferentes a la lucha interna en las organizaciones reformistas, ¡como si fuera posible ganarse a las masas sin intervenir en su combate cotidiano! Se niegan a hacer una distinción entre la democracia burguesa y el fascismo, ¡como si a las masas les fuera dado no sentir esta diferencia a cada paso!

Los sectarios sólo son capaces de distinguir dos colores: el rojo y el negro. Para no exponerse a la tentación, simplifican la realidad. Se niegan a hacer una distinción entre los bandos contendientes en España por la razón de que ambos tienen un carácter burgués. Por la misma razón consideran necesario conservar la “neutralidad” en la guerra entre Japón y China. Niegan la diferencia de principio entre la URSS y los países imperialistas y, debido a la política reaccionaria de la burocracia soviética, rechazan la defensa de las nuevas formas de propiedad, creadas por la Revolución de Octubre, contra las embestidas del imperialismo. Incapaces de acceder a las masas, las acusan ardorosamente de ser incapaces de elevarse hasta las ideas revolucionarias.

Estos políticos estériles no tienen generalmente necesidad de un puente en forma de reivindicaciones transitorias, porque no pretenden cruzar a la otra orilla. Gastan inmóviles su tiempo, autocontentándose con la repetición de abstracciones tan vacías como ellos mismos. Los acontecimientos políticos son para ellos ocasión de comentarios, pero no de acción. Dado que los sectarios, como en general toda especie de desatinados y milagreros, se ven a cada paso zancadilleados por la realidad, viven en un estado de exasperación perpetua, lamentándose del “régimen” y de los “métodos” y revolcándose incesantemente en pequeñas intrigas. En sus propios círculos mantienen de ordinario un régimen despótico. La postración política del sectarismo complementa, como una sombra, la postración del oportunismo, sin abrir ninguna perspectiva revolucionaria. En la política práctica, los sectarios se unen a los oportunistas, particularmente a los centristas, indefectiblemente para luchar contra el marxismo.

La mayoría de los grupos y camarillas sectarios, que se alimentan de migajas caídas accidentalmente de la mesa de la Cuarta Internacional, llevan una existencia organizativa “independiente”, con muchas pretensiones, pero sin la menor posibilidad de éxito. Los bolcheviques-leninistas, sin perder su tiempo, abandonan tranquilamente a estos grupos a su propia suerte. Sin embargo, en nuestras propias filas pueden encontrarse tendencias sectarias que ejercen una influencia funesta sobre el trabajo de las distintas secciones. Es imposible mantener ningún compromiso con ellas ni por un solo día. Una política correcta en relación a los sindicatos es condición básica para la adherencia a la Cuarta Internacional. Aquel que no busque y no encuentre el camino hacia las masas no es un luchador, sino un peso muerto para el partido. No se formula un programa para los equipos de redacción o para los dirigentes de clubes de discusión, sino para la acción revolucionaria de millones de personas. Limpiar las filas de la Cuarta Internacional del sectarismo y los sectarios incurables es condición esencial del éxito revolucionario.

¡Paso a la mujer trabajadora! ¡Paso a la juventud!

La derrota de la revolución española, organizada por sus “dirigentes”, la vergonzosa bancarrota del Frente Popular en Francia y el escándalo de las estafas jurídicas de Moscú son tres hechos que, en su conjunto, asestan al Comintern un golpe irremediable que, de paso, hiere gravemente a sus aliados, los socialdemócratas y los anarcosindicalistas. Esto no significa, por supuesto, que los miembros de esas organizaciones hayan de girarse de golpe hacia la Cuarta Internacional. La generación más vieja, que ha sufrido terribles derrotas, abandonará en gran parte el movimiento. Por lo demás, la Cuarta Internacional no pretende en absoluto convertirse en un asilo para revolucionarios inválidos, burócratas y arribistas decepcionados. Por el contrario, son necesarias estrictas medidas preventivas contra una eventual afluencia a nuestro partido de elementos pequeño-burgueses, dominantes ahora en el aparato de las viejas organizaciones: un largo periodo de prueba para los candidatos que no sean obreros, y especialmente para los antiguos burócratas de partido; prohibición de que ocupen puestos responsables antes de tres años, etc. En la Cuarta Internacional ni hay ni habrá lugar para el arribismo, la úlcera de las viejas Internacionales. Sólo aquellos que deseen vivir para el movimiento, y no a expensas del movimiento, tendrán acceso a nosotros. Los obreros revolucionarios deben sentirse los dueños. Las puertas de nuestra organización les están abiertas de par en par.

Desde luego, incluso entre los obreros que en un tiempo se adelantaron hasta las primeras filas no son pocos los fatigados y decepcionados. Permanecerán, al menos durante el periodo próximo, en la periferia. Cuando un programa o una organización se agotan, se agota con ellos la generación que los llevó sobre sus hombros. El movimiento se revitaliza con la juventud, libre de responsabilidades del pasado. La Cuarta Internacional presta una atención especial a la joven generación del proletariado. En toda su política se esfuerza por inculcar a la juventud la confianza en su propia fuerza y en el futuro. Sólo el fresco entusiasmo y el espíritu de ofensiva de la juventud pueden asegurar los primeros éxitos en la lucha; sólo estos éxitos pueden devolver a los mejores elementos de la generación más vieja al camino de la revolución. Así ha sido, y así seguirá siendo.

Las organizaciones oportunistas, por su naturaleza misma, centran principalmente su atención en las capas superiores de la clase obrera, y por consiguiente ignoran tanto a la juventud como a la mujer trabajadora. Ahora bien, la declinación del capitalismo asesta sus golpes más fuertes a la mujer, como asalariada y como ama de casa. Las secciones de la Cuarta Internacional debe buscar soportes entre las capas más explotadas de la clase obrera, y por consiguiente entre las trabajadoras. Aquí encontrarán reservas inagotables de entrega, abnegación y disposición al sacrificio.

¡Abajo el burocratismo y el arribismo! ¡Paso a la juventud! ¡Paso a la mujer trabajadora! Estas consignas están inscritas en la bandera de la Cuarta Internacional.

¡Bajo la bandera de la Cuarta Internacional!

Los escépticos preguntan: ¿Pero ha llegado el momento de crear la Cuarta Internacional? No es posible, dicen, crear “artificialmente” una Internacional; sólo puede surgir de grandes acontecimientos, etc. Todas esas objeciones sólo demuestran que los escépticos no valen para la construcción de una nueva Internacional. Puede decirse que apenas valen para nada.

La Cuarta Internacional ha surgido ya de grandes acontecimientos: las mayores derrotas del proletariado en toda la historia. La causa de estas derrotas está en la degeneración y la

traición de la vieja dirección. La lucha de clases no admite la interrupción. Para la revolución, la Tercera Internacional, después de la Segunda, ha muerto. ¡Viva la Cuarta Internacional!

Pero ¿ha llegado el momento de proclamar su creación?. Los escépticos no se callan. La Cuarta Internacional, respondemos, no necesita “proclamarse”. Existe y lucha. ¿Que es débil? Sí, sus filas no son numerosas porque todavía es joven. Por ahora hay principalmente cuadros. Pero estos cuadros son prendas del futuro. Fuera de estos cuadros, no hay en el planeta una sola corriente revolucionaria digna de este nombre. Si nuestra Internacional es débil numéricamente es fuerte por su doctrina, su programa, su tradición, el temple incomparable de sus cuadros. El que hoy no vea esto que se eche a un lado por ahora. Mañana será más evidente.

La Cuarta Internacional, ya desde ahora, es odiada merecidamente por los estalinistas, los socialdemócratas, los liberales burgueses y los fascistas. No hay ni puede haber lugar para ella en ninguno de los Frentes Populares. Combate irreductiblemente a todos los agrupamientos políticos cogidos a la falda de la burguesía. Su tarea: la abolición del dominio capitalista. Su objetivo: el socialismo. Su método: la revolución proletaria.

Sin democracia interna no hay educación revolucionaria, Sin disciplina no hay acción revolucionaria. La estructura interna de la Cuarta Internacional se basa en los principios del *centralismo democrático*: plena libertad de discusión, unidad completa en la acción.

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección revolucionaria. Los obreros avanzados, unidos en la Cuarta Internacional, muestran a su clase el camino para salir de la crisis. Ofrecen un programa basado en la experiencia internacional de la lucha liberadora del proletariado y de todos los oprimidos del mundo. Ofrecen una bandera sin mancha.

Obreros y obreras de todos los países, alinearos bajo la bandera de la Cuarta Internacional. ¡Es la bandera de vuestra próxima victoria!